EVOLUCIÓN DEL PROTOTIPO SACERDOTAL DESDE 1986 HASTA LA ACTUALIDAD

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v58i205-206.291>

LORENZO TRUJILLO*

Querido amigo:

Hace unos meses, cuando me pediste la redacción de este artículo, te expuse con toda sinceridad mi casi imposibilidad de hacerlo. Aparte de otras razones más coyunturales que ahora no vienen a cuento, te expliqué que no tengo ni posibilidad de, ni capacidad para examinar datos de tipo sociológico (edades, secularizaciones, estudios, etc.), cosa que me parece imprescindible para enhebrar algo medianamente digno; además te recordé que en este momento (desde hace seis años) estoy bastante distante de los lugares de observación y evaluación habituales. Terminó mi larga etapa de rector en el Seminario, y no he vuelto a asistir a reuniones nacionales de formadores, a encuentros diocesanos. No estoy al día, te dije. Y un trabajo así, lo exige ineludiblemente. Tampoco estoy en condiciones de afrontar un estudio serio y comparado de la documentación sobre el sacerdocio en estos veinticinco o treinta años.

Ante tu insistencia –la amistad personal contigo y la gratitud personal e institucional a la Hermandad de Operarios Diocesanos me impedían una negativa– te ofrecí, sin mucha convicción, lo único que me atrevía a intentar. Deseo explicarlo al posible lector, a fin de que no tome estas páginas por un estudio que no es.

Te dije que procuraría algo así como un ejercicio de memoria, o un testimonio personal, o un artículo de opinión; con toda la carga de subjetividad, de parcialidad, que estos géneros llevan consigo. Puedo estar muy atrapado por mi «época», por mis años, por mi pasado sacerdotal. Y muy limitado en el conocimiento del presente como te digo. Seguro que tomo la *pars pro toto*, dada la falta de datos reales que manejo; puedo dar como extensas e importantes, por el impacto causado en mi sensibilidad, conductas que he visto pero que son más limitadas o superficiales de lo que he creído; o al contrario. Lo que voy a escribir –y lo advierto seriamente– no tiene más rigor que el de una intervención amistosa en una conversación de amigos. No es un escrito conclusivo sino exploratorio.

* Lorenzo Trujillo es sacerdote de la Diócesis de Ciudad Real, Rector durante muchos años de su Seminario, actualmente es párroco en una de las parroquias de la capital.

De una manera muy resumida adelantaría una visión, simplista ciertamente, pero que pudiera orientar la lectura posterior. Mi impresión es que *continúan las dos grandes tendencias o tipologías de tiempos anteriores, pero la antaño mayoritaria decrece en número y peso eclesial, mientras la entonces casi testimonial emerge como dominante y triunfadora*. Con otro matiz no menos importante: *creo que ha avanzado mucho el individualismo y el posible modelo o tendencia se subordina más que antes al arbitrio del individuo*. Las formas externas (vestido, celebración, posicionamiento ante el Pueblo de Dios...) parecen manifestar las dos tendencias; pero luego uno observa que los bloques son más aparentes que reales por el individualismo creciente. En consecuencia, habría que ser prudentes y no dejarse engañar por las apariencias. Entramos en materia.

1. EL GIRO DE LOS OCHENTA

A mediados de los ochenta, cuando el pontificado de Juan Pablo II toma cuerpo, comienza un giro importante en la imagen y concepción del ministerio sacerdotal con relación a las tendencias más comunes del postconcilio.

1) Como es lógico, intento recordar brevísimamente el «antes» para explicar el giro o cambio de perspectiva. Para no extendernos, diría que la recepción de la doctrina conciliar sobre el presbiterado, en un sector del clero creciente hasta ser mayoritario a finales de los setenta, tuvo dos rasgos que marcaron esos años y la década siguiente:

–Un desequilibrio teológico a favor de la *concepción eclesiológica* del ministerio –muy variada, desde la visión sacramental de la Gran Iglesia hasta la reducción sociológica a pequeñas unidades pastorales– con cierto olvido de su raíz y fundamento cristológico, y

–Un deseo intensísimo de *encarnación*, o sea, de compartir realmente las condiciones de vida de los fieles; de estar con ellos y entre ellos, sin distancias ni diferencias sociales.

El Concilio tenía un marcado carácter de revisión y reforma de la Iglesia; por supuesto, muy centrado en Cristo, pero yendo siempre a las consecuencias eclesiales, pastorales. He comparado, y volveré a hacerlo más adelante en estas líneas, las dos grandes constituciones –LG y GS– con la definición calcedonense de las dos naturalezas de Cristo, para señalar el mismo hueco que aquel gran Concilio Cristológico no pudo de momento cerrar del todo: la síntesis íntima de ambas en la única persona. Fue necesario el trabajo de los concilios posteriores y la obra de Máximo el Confesor. Aún no se ha dado esa «perijoresis» (¡perdón!) entre ambas visiones de la Iglesia: ni se lee LG integrando en su interior GS, ni se contempla al mundo desde el alma de la Iglesia. No se cae en el «o, o» luterano, pero todo se queda en un «y, y» tridentino que yuxtapone sin integrar; habría que llegar a un «en» («... Como el Padre en mí...»). Por eso, la visión eclesial se

vivió y se vive con cierta unilateralidad; entre nosotros (con eco en América Latina) a favor sin duda de GS (¡que no es la del Concilio si no tiene dentro LGI!).

La elección del término «presbítero» como referencia primera (*Presbyterorum Ordinis*), dejando en un segundo lugar el de «sacerdote» es muy significativa. Presbítero es el miembro de un presbiterio diocesano, muy en línea con el redescubrimiento de la Iglesia particular como algo más que la demarcación administrativa que llamábamos diócesis.

Desde el predominio de la eclesiología y, luego, de una *eclesiología* degradada, se desató con cierto desequilibrio el deseo de compartir la vida –gozos y angustias– de los fieles y de los hombres en general. El Concilio es, sin duda, el punto de arranque de la Nueva Evangelización (Pentecostés del tercer milenio cristiano), y el sacerdote, como todo fiel, es llamado a salir de los refugios clericales para mostrar a todos la misericordia divina. Una consecuencia preciosa que condujo a la santidad a muchos hermanos, fue la renuncia a privilegios en aquellas sociedades de cristiandad; la adopción de un modo de vida sencillo, austero, incluso pobre. Dios quiera que no se pierda este don y que renazca con fuerza y pureza. Negativamente, la bajada acelerada del pedestal condujo a no comprender lo que de santo había en la rica espiritualidad sacerdotal anterior, representada por la frase *alter Christus*. Fuera títulos, distancias, reverencias y besamanos. El cura fue «Manolo» o «Pepe», conocido en el barrio como tal. La entusiasta acogida, no del todo correcta, de la dimensión de banquete propia de la Eucaristía, también colaboró a una progresiva disipación del sacerdocio en la comunidad cristiana concebida un tanto homogénea y horizontalmente.

Y ahí se originan algunos rasgos negativos de aquella renovación que en sí era y es evangélica y querida por el Señor. Desde esa cierta pérdida de sustancia sacramental, la concepción de Iglesia a la que se vincula constitutivamente el sacerdocio deja de ser la Gran Iglesia, universal o particular, para reducirse a concreciones pastorales como la parroquia y, en especial, la comunidad de base. Y ahí el sacerdocio tiende a concebirse como mera función servicial sin su especificidad; así pierde gran parte de su sentido en la conciencia de fieles y pastores.

No se puede negar honradamente que el proceso de secularización fue invadiendo de modo inapropiado la vida de no pocos presbíteros. Un gran amigo, maestro de espiritualidad, durante aquellos años, mirando la trayectoria de muchos curas entonces jóvenes comentaba: *Llegará el momento en que alguien les pregunte por Dios y encuentren chocante esa pregunta*. Yo he visto realizada esta profecía con mucho dolor.

2) ¿Qué giro se observa a partir de mediados los años ochenta? En lo que puedo recordar, no se trata de algo que tuviera consecuencias inmediatas. Los cambios eclesiales siempre son lentos; más aún, están en marcha y no es fácil determinar su futuro; pero quizá quepa subrayar algunos hechos que marcaron un inicio de corrección.

Fueron numerosos los esfuerzos de las diversas Conferencias Episcopales para tratar de recuperar la sustancia sacerdotal, equilibrando aspectos y dimensiones esenciales en continuidad con el Concilio. Nos lo ha recordado casi exhaustivamente Saturnino Gamarra en un reciente artículo publicado en esta misma revista. Centro mis recuerdos en las Iglesias españolas. A finales de los ochenta, la CEE está en un momento de gran actividad. Durante tres periodos (1984-1993) es presidente de la Comisión del Clero D. Antonio Dorado; era secretario de la CEE D. Fernando Sebastián. Se celebraron dos reuniones de gran trascendencia: el *Simposio sobre Espiritualidad del Presbítero Diocesano Secular* (30 de octubre al 2 de noviembre de 1986) y el *Congreso de Espiritualidad Sacerdotal* (11 a 15 de septiembre de 1989). El primero fue un diálogo de especialistas en torno a importantes ponencias, un intercambio de ideas sobre teología, espiritualidad, pastoral del ministerio. Al segundo, eminentemente celebrativo y testimonial, asistieron 50 obispos y 800 presbíteros seculares y religiosos. Dos acontecimientos que, a mi juicio, marcaron al clero español para bien. El proceso se prolongó con Congresos sobre aspectos parciales que tuvieron continuidad bajo la presidencia de D. Juan María Uriarte.

¿Qué consecuencias tuvieron estos acontecimientos para la evolución del «tipo» sacerdotal?

Yo diría que colaboraron eficazmente a cerrar las desviaciones más notables que aún pervivían en grupos ideológicos, en corrientes pastorales «de base», en profesores no cercanos a la teología dogmática seria, etc. El Congreso del 89 fue un verdadero acontecimiento eclesial, participado, gozosamente, por ese gran número de presbíteros, muchos de ellos delegados o responsables del clero en las distintas diócesis. Las figuras sacerdotales mixtificadas por la acción política, o diluidas en una comunidad homogénea casi exclusivamente bautismal, quedaron fuera de juego. He pensado muchas veces –perdón por el posible subjetivismo del que he advertido– que sin la acción de la CEE en esta segunda mitad de los ochenta, difícilmente se hubiera dado el giro posterior de forma pacífica y constructiva, o sea, en comunión. Y se ha dado. Desde una obediencia, a veces herida por el dolor, los presbiterios han aceptado pacíficamente figuras episcopales (muy dignas por supuesto) que difícilmente hubieran sido aceptadas pacíficamente sin este tránsito. Es solamente una opinión, pero quizá la diferencia de actitud ante la comunión entre sectores amplios del clero centroeuropeo (Austria por ejemplo) y el español tenga que ver con aquellos acontecimientos. Algunos que posiblemente menosprecian los citados eventos y su riqueza doctrinal lo tendrían que reconocer y agradecer.

Lo primero que destacaría doctrinalmente de estos grandes encuentros es la recuperación, actualizada y fundada teológicamente, de la sacramentalidad del presbiterado. Estaba esto en el fondo de todas las ponencias. Recuerdo especialmente la de Vanhoye en el Simposio y la de Santiago del Cura en el Congreso. Como ha destacado en tantas ocasiones Saturnino Gamarra, esta sa-

cramentalidad específica es la fuente de la espiritualidad del sacerdote. Lo demás, o se deriva de ahí o es irrelevante.

Al centrar todo en la sacramentalidad se recupera el equilibrio entre la dimensión cristológica y la eclesiológica. La ponencia de Santiago del Cura es un bello ejemplo. De ahí que no chirriara el deslizamiento de los títulos que identificaron los dos encuentros: de «espiritualidad del presbítero diocesano secular» (presbítero, más diocesano, más secular) se pasa a «espiritualidad sacerdotal». Si fuera cierto, como oí aquellos días, que hubo presiones superiores para que se diera el cambio en el título y se incluyera a los presbíteros religiosos y de movimientos, también lo es que no hubo resistencias. La razón, a mi juicio: esa recuperación de una sacramentalidad que, más que otorgar un poder para consagrar, configura una vida con Cristo para obrar en su persona. En buena lógica, las adjetivaciones posteriores (secular o regular, diocesano o religioso) irían pasando a segundo término. Es cierto que en quienes esas adjetivaciones se habían convertido en sustancia o *nomen*, su caída supondría el vaciamiento del sacerdocio mismo. Pero providencialmente estos grandes encuentros, apoyados en muchos trabajos anteriores, evitaron la catástrofe y abrieron paso a la ilusión y la renovación.

Quizá lo más novedoso de este periodo fue la plena entrada del presbiterio en la teología y espiritualidad sacerdotal. La vinculación con el obispo, con la Iglesia particular, con los co-presbíteros, apareció en aquel horizonte como algo que abría ventanas a la ilusión; un camino nuevo por recorrer. El Congreso no terminó con su clausura. La Comisión del Clero, muy unida a la de Seminarios, organizó equipos que recorrieron las diócesis dando cursillos muy bien estructurados, con honda repercusión también en las reuniones de Rectores de Seminarios (Seminario como *presbiterio en gestación*) y en la formación de los candidatos al sacerdocio. Pasado el momento de los equipos sacerdotales, se recupera esa mística de colaboración mediante este sentimiento de copresbiterialidad, de pertenencia a la Iglesia particular, de unidad con el Obispo. Se fortalecen los Consejos y el diálogo entre Obispo y presbíteros, las acciones relativas a planes pastorales diocesanos más allá de las unidades pastorales (parroquias, comunidades, movimientos).

3) El punto clave, la culminación del cambio de rumbo, creo que aconteció en torno a la Octava Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos (30 de septiembre - 28 de octubre de 1990), sobre *La formación de los sacerdotes en las circunstancias actuales*, seguida por la Exhortación Postsinodal de Juan Pablo II *Pastores Dabo Vobis* (25 de marzo de 1992). En la Introducción de este documento se hace un pequeño recuento de los esfuerzos anteriores en la Iglesia universal. Aunque referido directamente a la formación del sacerdote, se recibe la doctrina del Vaticano II eliminando cualquier tipo de ambigüedades que pudieron producirse tras el mismo. Destaco algunos puntos recordando la impresión que me causó el documento; pero, sobre todo, viendo *a posteriori* los efectos que ha tenido (a mi modo de ver) en la conducta y figura pastoral del presbítero.

La teología del sacerdocio parte de una sacramentalidad estricta que abraza las dos dimensiones (cristológica y eclesiológica), resaltando con toda claridad, con mucha fuerza, la primacía de la primera, la relación con el Señor. De ahí la preferencia por el término «sacerdote» (más de cien veces, y otras tantas «sacerdocio»). También «presbítero» se repite en más de cien ocasiones. La misma terminología muestra que, si bien existe un deseo de subrayar la dimensión sacerdotal cristológica, no se ha abandonado el planteamiento conciliar. Otra cosa es que la insistencia en este aspecto puede dar pretexto a personas inclinadas a la parcialidad para olvidar lo que no se destaca o, incluso, a negarlo. Ocurrió en la etapa posterior al Concilio, de otra manera, como hemos visto. Casi me atrevería a enunciar como una ley en este sentido: *Todo subrayado fuerte en los documentos venerados como magisterio, o en autoridades intelectuales de prestigio, produce, en sectores más unilaterales, un oscurecimiento de los aspectos que esos mismos documentos silencian por conocidos o enseñan aunque sin resaltar.*

Lo he comprobado, asimismo, en la enseñanza: el profesor prestigioso, entusiasmado con sus últimos «descubrimientos» personales, «olvida» asegurar en el alumno el sustrato común donde se insertan esos matices; el alumno más superficial entiende como sustantivo lo que el profesor enseña como adjetivo, con lo cual tergiversa la enseñanza del mismo. ¿En cuántos divulgadores de los grandes teólogos no ha sucedido algo similar? Los libros «de consumo» espiritual, no pocos cursillos de formación, son ejemplo de esta degradación de las ideas.

Dada la fuerte acentuación (correcta y necesaria) de la relación con el Señor, la relación con la Iglesia particular, también recogida, cede casi todo el terreno ante ese «para la Iglesia universal» como destino del sacerdote. De modo que la diferencia de modalidad sacramental con el episcopado no se ve claramente. Es cierto que no trata del sacerdocio sino de la formación permanente hacia y en el sacerdocio. Pero también es cierto que, con toda justicia, asienta sus orientaciones en una teología aquilatada; no es un documento pragmático. Quizá este universalismo explique una cierta contradicción que aún no veo superada: por un lado, una afirmación clarividente del presbiterio en la última parte; pero, por otro, una casi total ausencia estructural del mismo en la primera parte, la propiamente teológica. Recuerdo el gozo con que leí ese pasaje: «El presbiterio en su verdad plena es un *mysterium*: es una realidad sobrenatural, porque tiene su raíz en el sacramento del Orden. Es su fuente, su origen; es el 'lugar' de su nacimiento y de su crecimiento» (74, 5). Se ha hablado antes del presbiterio y ahora se reconoce bellísimamente, pero esta perla está fuera de lugar, desplazada, no está incluida en el centro sacramental. Por eso, se relegará después a la espiritualidad o a la pastoral, no a la estricta teología del ministerio del orden.

2. ¿EMERGE UNA NUEVA FIGURA SACERDOTAL?

La figura emergente de este giro va apareciendo cada vez más claramente en la segunda mitad de los noventa y siguientes. No se puede hablar en términos absolutos, ni se puede agrupar en un solo «tipo». Las cosas son más complicadas y los indicios externos no bastan para hacer calificativos universales.

1) Hay que dejar claro que la figura anterior (la inmediatamente postconciliar) sigue viva. En la Iglesia no hay revoluciones porque el Acontecimiento, siempre vivo y activo, lo impide; hay correcciones de rumbo, recuperación de dimensiones olvidadas o descuidadas, conversiones... La *receptio* de los años 90 introduce, como venimos diciendo, un giro para restaurar dimensiones esenciales del sacerdocio.

a) Ha influido bastante el cambio global de rasgos de los llamados al episcopado. No importa si este cambio es del todo real, o, en parte, efecto de la caricaturización de los medios; está funcionando como real. Insisto, no obstante, en que las generalizaciones no son buenas; dentro de un mismo «tipo» las personas son muy distintas y sus líneas de actuación pueden diferenciarse mucho. Los obispos de Pablo VI (tópico para entendernos) eran, hablando globalmente, hombres caracterizados por el diálogo, tanto en el interior de la Iglesia (consejos) como con relación al mundo. Se habían gestado como sacerdotes en un momento gozoso, donde se sentían más intensamente los «gozos» que las «angustias» (GS). Optimistas y sencillos; tolerantes hasta la demasía, incluso, en asuntos tan esenciales como la confesión de fe. Deseaban (en general) dejar atrás dignidades impropias de la misión, apariencia de gobernantes mundanos. Pastores. Muchos abandonaron sus viejos palacios (con deterioro de los mismos). Quizá algunos estuvieron excesivamente pendientes de los medios de comunicación y se dejaron influir por grupos de presión. Da la impresión de que Juan Pablo II buscó hombres más piadosos, más preocupados por el orden eclesial que por el diálogo con el mundo. Ciertamente ese diálogo ha decaído más por la cerrazón del mundo (cultura de la increencia y laicismo cerrado) que por el deseo de los obispos. Y, para robustecer la comunión, especialmente obedientes a Roma mediante una relación más intensa con las Congregaciones de la Curia. Ni mejores ni peores en principio. Fuera de los casos, muy excepcionales y también existentes en la etapa anterior, de personas ineptas o descenradas, la selección de candidatos siempre ha buscado sujetos creyentes, honrados, valiosos y dignos. Y en este momento histórico, a pesar de las posibles deficiencias, la elección desde Roma ha garantizado la independencia de la Iglesia (*libertas ecclesiae*) frente a los nuevos poderes fragmentarios y feudales de esta nueva Edad Media. En esta segunda generación postconciliar, creo que ha tenido importancia también la entrada en número significativo de miembros de movimientos internacionales (incluyo en esta denominación genérica la Prelatura del Opus Dei), simpatizantes de los mismos, y sacerdotes que han trabajado

en Congregaciones romanas. El «tipo» episcopal, real o fabricado por los medios, tiene influencia en el estilo de los candidatos al orden y de los sacerdotes, como es lógico.

b) El descenso de vocaciones en la casi totalidad de los seminarios –¿fracaso de la pastoral de los sacerdotes postconciliares y del ambiente de las parroquias renovadas?– ha visibilizado una concentración de los seminaristas en grandes seminarios de diócesis muy significadas que han logrado mantener un número alto. A ello ha colaborado que los movimientos, en general, han orientado sus aportaciones hacia esos seminarios con el beneplácito y la acogida cordial de sus obispos. Algún día habrá que agradecer a muchos de sus formadores el esfuerzo humilde (a veces humillado) para insertar a todos en el mismo presbiterio; atisbo que el paciente trabajo de algunos de estos formadores y su capacidad de diálogo serán un factor positivo en el proceso de integración que espero y deseo. Ese «pluralismo» aceptado en los años ochenta, se dilata con la creación de los seminarios *Redemptoris Mater*, del Movimiento Neocatecumenal, que se sitúan como otro seminario diocesano, si bien bajo la dirección de dicho movimiento. El éxito numérico de estos seminarios ha colaborado a generalizar el giro de los noventa, pero también a moderar los excesos de algunos de los candidatos procedentes de movimientos. Mas no atribuyamos solamente a los anteriores factores el rápido éxito del giro corrector y sus posibles excesos; si volvemos a las primeras líneas de este apartado, hemos de aceptar que el descenso de vocaciones de matriz parroquial, y la progresiva secularización de estos candidatos, también ha colaborado, y no poco, a inclinar la balanza al otro lado. En la tendencia mayoritaria postconciliar ha habido una decadencia que no se puede atribuir directamente a la otra tendencia, sino a pecados y errores propios que se han mantenido tozudamente sin el valor de la revisión, la confesión de los mismos y la conversión.

c) La confluencia de estos factores (obispos menos «diocesanos», neosacerdotes más vinculados a su matriz asociativa que al presbiterio diocesano, sacerdotes jóvenes no asociados y cada vez más abandonados a sí mismos...) y el cansancio generado por una época sobrecargada de reuniones reiterativas y de planes muchas veces frustrados y frustrantes, pueden ser la causa de un individualismo sacerdotal creciente, cuyo alcance real no sabría concretar, quizá más peligroso que en el pasado. Las grandes diócesis que hoy –disminuido el peso de las Conferencias y de la colegialidad episcopal– tienen la confianza de Roma, siguen siendo «diócesis» (circunscripciones administrativas) y no se han reconvertido en Iglesias particulares con presbiterios de naturaleza mistérica. Es difícil con tantos sacerdotes y tantas unidades pastorales. Los Consejos presbiteriales cada vez pesan menos y son menos útiles a los obispos. En unos lugares porque, con una mala teología del Pueblo de Dios, cedieron su espacio propio y específico a los Consejos pastorales; en otros, porque pretendieron convertirse en parlamentos; en otros, finalmente, porque para que haya Consejo ha de haber obispo

que se sienta necesitado del mismo, que sepa formular preguntas reales, y que no abandone su carisma de autoridad en la escucha. Este crepúsculo del presbiterio, del seminario diocesano propiamente dicho, de la Iglesia particular en suma, para mí no es solamente una cuestión eclesiológica, sino también un reflejo de la figura presbiteral, de sus altibajos y de sus cambios. De «párroco-coadjutor-capellán» a «co-presbítero». ¿De «co-presbítero» a sacerdote individualista? No creo que lleguemos a tanto, pero convendría examinar y corregir.

d) Detengámonos en este matiz que definimos como un posible individualismo en crecimiento. Podría afectar a las dos corrientes o tendencias o figuras. Es algo que nos envuelve culturalmente y que, fácilmente, penetra en la mentalidad y en la conducta de jóvenes y menos jóvenes. Podría tener gran importancia en el futuro y convendría comprobar si es real y extendido, por un lado; y a qué factores responde por otro. Comento algo sobre dos posibles factores dado que, además, tienen que ver con todo lo que venimos diciendo. No creo que sean únicos; con toda seguridad hay otros (dispersión de la familia, creciente narcisismo...). Los que deseo ofrecer son: la progresiva privatización de la vida, especialmente del varón; y la no integración de la teología del presbiterio en el núcleo del sacramento del Orden. Los comento por encima: 1) La creciente burocratización y dominio del Estado va erosionando los entes sociales intermedios, desde la familia a las Iglesias. El individuo se esconde del «gran hermano» ocultándose en una privacidad cada vez más aislada e invadida; en ese sector íntimo donde no tiene que dar cuentas. Con más intensidad (una dosis añadida de huida) el varón que la mujer, pues ésta, en un momento de euforia liberadora, se encuentra más a gusto en el ámbito público. El varón parece que huye de la plaza pública, de la responsabilidad social, y aspira a la paz, al hogar. Y varones son los llamados al sacerdocio. La privatización del sacerdote sería muy negativa tanto para su crecimiento en santidad como para el bien de los fieles: terminada la tarea ministerial, desaparezo del ámbito que me reconoce como hombre público; me voy a mi casa y no quiero saber nada de problemas de otros. Esta privatización, de crecer, empobrecerá la pastoral como compañía en la caridad y la reducirá a las acciones culturales y poco más. Además, es posible que genere formas de doble vida que un día nos sorprendan por su extensión y por afectar a quienes creíamos inmunes a ello. Por eso, es fundamental superar teológicamente la idea de sacerdocio como poder para realizar acciones sagradas y abrir la puerta plenamente a la idea de unción que configura toda la vida. Entonces, también la privacidad será ofrecida, ungida, integrada. 2) La no asunción de la teología del presbiterio –tan bien descrito en PDV– en la concepción teológica del sacramento del Orden. Ya he aludido en apartados anteriores; pero en este momento intento hacer comprender su relación con la dispersión individualista. Para unos, basta con el servicio pastoral que ata a la pequeña comunidad (parroquia o movimiento); para otros, basta con la vivencia de la universalidad de la Iglesia. El presbiterio ha sido el gran perjudicado por el

giro de los noventa (creo). Justo cuando se proclama con esa belleza y verdad en un documento tan importante como PDV. Este vacío sacramental hace difícil comprender la co-presbiteralidad, y ello colabora, seguramente, a un individualismo que cumple obligaciones, pero que no integra de verdad en la sacramentalidad eclesial. ¡Cuidado con el «sacerdote vagante» en esta Nueva Edad Media que se nos avecina!

2) Volvamos atrás. Decía que la figura o tipo anterior producida en el postconcilio sigue vigente y viva. Quiero decir algo sobre ella, sobre todo en su actualidad, teniendo presente a los más jóvenes ahora en minoría. ¿Hasta qué punto y con qué fuerza sigue viva y vigente? Ya me gustaría saberlo con aproximación y cierta objetividad. Me limito a expresar intuiciones derivadas de impresiones muy limitadas.

a) Los que vivieron las grandes asambleas postconciliares y ayudaron a configurar un ministerio más sencillo, más encarnado, más secular y más colegial, o han desaparecido (en fidelidad o en abandono), o estamos en edades cercanas al retiro. Con una carga de cansancio nada despreciable, a veces, con un tris de tristeza o de desengaño, pero, en general, con esperanza y con ilusión. Sobre todo, con una obediencia teológica y un amor a la comunión que no se ha sabido valorar. Las posturas, no obstante, son muy variadas: desde quienes se sienten injustamente tratados o preteridos y manifiestan amargura y distanciamiento, hasta quienes han asumido lealmente su «derrota», alabando a Dios que bendice siempre a quien no lo espera y colaborando para que las correcciones actuales sean asumidas, sin exageraciones unilaterales, por todos en comunión plena. Hay quienes mantienen sus posturas pastorales sin hacer revisión de las mismas a la luz del Espíritu, y hay quienes mantienen en su corazón y en su actuación la luz del Concilio, pero examinando errores que no debieron darse y pidiendo perdón por ellos. Creo que antes de cualquier crítica a la marcha actual, es imprescindible hacer una revisión personal, una confesión de culpa, y una conversión; si esto no se da, se revela, simplemente, la decepción de quien tenía miras demasiado humanas y ha perdido.

A este respecto, dos pequeñas confesiones:

Una: más de una vez, a algún amigo y compadre de aquellos tiempos, cuando le he oído quejarse de algunos curas jóvenes, de sus gustos litúrgicos de alta costura, de su rígido clericalismo (vestido incluido) compatible con un libre laicismo al terminar las funciones sagradas, le he recordado una tira del dibujante argentino Quino donde, ante la frase despectiva de un anciano cuando ve a unos jóvenes mal encarados («¡Esto es el acabóse!», exclama indignado), la repelente Mafalda comenta: «¡Es el acabóse del empezóse en ustedes!».

La otra: he leído y releído la reprensión de Pablo cuando Pedro se sienta a comer con los judaizantes. Y alguna vez he pensado: ¿Era del todo justo aquel Pablo joven? ¿No tendría Pedro razones propias de su ministerio que Pablo di-

fácilmente comprendería? ¿No se sentiría obligado Pedro a mantener la puerta abierta para defender la continuidad de la Iglesia con el Antiguo Testamento, moderando ciertos excesos de un Pablo aún joven y de unos seguidores de éste que tergiversaban su mensaje de libertad? Pasaría el tiempo, Pedro desembarcaría en la Roma universal, Pablo alcanzaría la madurez de una ancianidad sabia, y los discípulos de uno serían discípulos del otro y atravesarían la transición entre la Iglesia apostólica y la patrística. Dios guía a la Iglesia con la mano derecha (lo que quiere) y con la mano izquierda (lo que permite), pero el ministerio de Pedro es siempre el centro de la comunión.

Pero más que los «viejos», me preocupan los jóvenes sacerdotes que conservan esta sensibilidad. ¿Cómo se sienten con relación a la Iglesia? ¿Mantienen la ilusión y la esperanza? ¿Mantienen su libertad sacerdotal para entregarse en sacrificio y servir a los fieles el Pan y la Palabra, conscientes de que en estos momentos la Iglesia no va a depositar en ellos grandes responsabilidades? Si así fuera, diría sin dudar que están en un camino de crecimiento en el Señor, en vías de santidad. Pero ¿y si olvidados los ideales se atrincheraran en su «libertad» para no atarse al Señor, a la Iglesia y a los fieles? Ciertamente, la «descendencia» de aquellos padres espirituales no ha tenido la base que ellos tenían gracias a su formación espiritual y ascética en los viejos seminarios; están mucho más expuestos al contagio de la infracultura, y, si es cierto lo que dicen algunos, son más frágiles, como parece suceder entre los jóvenes de hoy. Es, a mi juicio, un milagro que hayan superado la soledad y hayan escapado a la tentación del abandono sabiéndose menos queridos y valorados por la Madre. He visto entre ellos –tampoco sé hasta qué punto esto es un fenómeno extenso– personas y sectores muy centrados, muy entregados, viviendo la sencillez del Señor en una vida pobre y bastante anónima. Estas personas, e incluso grupos, me llenan de esperanza; son un Resto que hará futuro. Que el Señor les dé fidelidad y hondura espiritual. El problema es que, si los presbiterios han perdido visibilidad y eficacia protectora, si sus maestros van desapareciendo por la edad, están muy indefensos, muy poco protegidos. Las estructuras diocesanas –no ignoro los esfuerzos de obispos, vicarios, delegados, ni sus logros positivos– no han avanzado sustancialmente en este sentido y quienes no estén cobijados en movimientos (en sentido amplio) pueden crecer «sin padre ni madre», en una gran orfandad.

3) ¿Se dibujan nuevos «tipos»? Como decía, la figura más acorde con el «giro» de los años noventa ya sale a la luz plenamente. Lo considero solamente un pequeño signo, pero creo que sirve como indicio: durante estos veinte últimos años, todos hemos podido observar cómo el traje eclesiástico pasaba paulatinamente de muy minoritario a absolutamente mayoritario. Algo estaba cambiando, mucho ha cambiado. El sacerdote nacido y educado en esta ola –que muchas veces es un converso a la fe en edad adulta– desea aparecer públicamente

como tal; ser reconocido socialmente como sacerdote católico a pesar de burlas e insultos cada vez más frecuentes. Y, ciertamente, en un momento en que los poderes sociales intentan hacer invisible a la Iglesia en la esfera pública, no es ningún mal. Pero insisto en que hoy los «tipos» no están tan dibujados como hace años; el individualismo por un lado, y la convivencia pacífica en los seminarios por otro, han roto de algún modo los estereotipos y hay mucho *mestizaje* que mañana puede dar como resultado la figura integral soñada por el Concilio. La visión externa (vestido clerical, vestido laico) puede confundir bastante. Me atrevería a señalar aspectos positivos y aspectos negativos que la corriente más actual y representativa podría generar.

Me parece positivo:

La importancia que se da a la oración, a la vinculación personal, piadosa, con la persona del Señor, seguida y adorada. En esa línea se cultiva explícita e intensamente; en la medida que se dé y en quienes se dé, creo que hay que valorarlo mucho. El rezo de las Horas, la celebración diaria de la Eucaristía, la dirección espiritual, etc. Esto, arraigado como hábito y entrando a formar parte de la existencia personal como algo cotidiano que ni ha de ser propuesto, es un paso adelante. Es recuperar el «estar con él» de Mc 3, 14; y «estar con él» resulta imprescindible para que las tareas pastorales sean sacerdotales, *in persona Christi*. Mientras en la línea más secular se miraba un hermoso horizonte descuidando las pequeñas mediaciones que lo hacen posible, en ésta creo que se centra más la atención en la formación de una voluntad minuciosa para cumplir los pequeños deberes de cada día hasta hacerlos carne propia. Todo tiene su pro y su contra, como puede comprenderse, pero no creo que se pueda descalificar este realismo ante la fragilidad.

El respeto a la Sagrada Liturgia, a la celebración como bien común no manipulable por el ministro para mostrar sus «habilidades», o sea, para mostrarse a sí mismo. Pueden caer en un cierto «impersonalismo» rígido... o desviar el narcisismo de la «creatividad» hacia un hieratismo también exhibicionista; pero no tiene por qué ser así. Basta con que exista una buena formación litúrgica apoyada más en la teología que en las rúbricas. Y que el sujeto no esté varado en ese narcisismo pomposo y afectado. Si al respeto piadoso se uniera la sencillez, sería realmente un avance importante. Ojalá sea así.

El amor a la Iglesia universal y el deseo de ser vistos como ministros apostólicos de la misma. Libertad frente a los excesos de burocratización pastoral y provincianismo de las diócesis en algunos momentos. Esto *puede* desarrollar amor al ministerio, fidelidad a la condición de *hombre público del Evangelio*. Es un contrafuerte contra posible privatización del ministerio que traería consigo la privatización (degeneración) de la Iglesia. No dejarse disolver por el colectivo ni convertirse en meros ejecutores de planes pastorales, creo que es bueno en principio..., si no se cae en una sumisión idéntica ante otro tipo de organización o en una falsa libertad evasiva de obligaciones serias.

La pastoral centrada en la salvación eterna y definitiva de la persona desde su alma, desde su interior habitado por Dios. Recuperar sin pudor palabras que concentran la historia de la salvación como «pecado», «alma», «gracia», «cielo», «infierno», siempre que se sepa lo que se dice y no se diga vaciando su humanidad, es salir de un secularismo empobrecedor.

He de confesar que también tengo mis miedos con relación a esta tipología en emergencia creciente. Quiero decirlo con sinceridad y con afecto.

a) Me da miedo el *hieratismo* que, a veces y en algunos, he observado. Insisto en ello porque lo considero el otro extremo de la secularización: una secularización invertida, revestida de eclesialidad. Se puede llevar traje eclesiástico con sencillez y se puede vestir como ejecutivos de una gran empresa religiosa. No es igual, a mi juicio. Dado que la figura sacerdotal se ha sembrado, sobre todo, en grandes seminarios de grandes diócesis cuyos obispos tienen peso en la Curia romana, advierto de la tentación de hacer de las oficinas eclesiásticas su *locus sacerdotalis*; aviso de la degradación que supondría convertirse en transmisores de rumores eclesiásticos para dárselas de «informados» de primera mano; señalo el riesgo de que la ilusión legítima de ser considerados y valorados se deslice a la persecución del ascenso calculado dentro del *cursus honorum*. En una palabra, la amenaza de clericalismo. Convertiría todo lo anterior (oración, respeto litúrgico...) en algo vano e hipócrita, y, a la larga, aparecerían corruptelas quizá más graves que las que hemos padecido. Si esa recuperación de la oración, de la seriedad litúrgica, del amor a la Iglesia universal, de la salvación en Jesucristo, no fueran vividos en sencillez y pobreza sino de modo funcional y exigiendo «derechos laborales», de nada valdrían; se derrumbarían antes o después... y quizá con más estrépito y escándalo que en grupos de la figura anterior.

b) Algo que he comprobado en algún sector me preocupa: su *menosprecio a la concelebración eucarística* como si únicamente la presidencia de la misma realizara su sacerdocio. ¿Es que temen compartir el «poder» de transustanciar el pan y el vino? Creo que es un indicio negativo que podría expresar una comprensión y vivencia unilateral de ese sacerdocio, excluyendo casi la condición presbiteral del mismo, episcopalizándose. En efecto, el ministerio sacerdotal no se confiere en un solo grado o modalidad. Su plenitud sacramental reside en el episcopado, mientras que el presbiterado es una modalidad de *cooperación necesaria*. El presbítero no es un mero auxiliar externo del obispo como lo es el diácono (sacramento del Orden pero no sacerdocio); es ordenado para *obispoauxiliar* perpetuo; no es obispo constreñido a auxiliar a otro obispo por el bien común, sino *obispoauxiliar* constitutivamente. Participa directamente del sacerdocio del Señor; pero como cooperador necesario del obispo. Por tanto, si radicalmente la presidencia plena de la Eucaristía pertenece al obispo; si en la etapa constituyente de la Iglesia el presbítero concelebraba y acompañaba; si todas las Eucaristías

son, en el fondo, la única Eucaristía episcopal, ¿qué disminuye el sacerdocio del presbítero el hecho de concelebrar cuando hay varios sin pueblo? ¿No tendría que ser la gozosa experiencia de su grado o modalidad sacerdotal? ¿Es correcto que en una parroquia se celebren tres o cuatro misas individuales sin pueblo? Qué extraña coincidencia: tampoco Greshake entiende que un presbítero concelebre y prefiere que participe como fiel cuando no ha de presidir; en el fondo es lo mismo: incompreensión de la concelebración como signo de la naturaleza cooperadora del presbítero, como emergencia del presbiterio a la luz, como vivencia eucarística del profundo vínculo que une a los presbíteros entre sí.

¿Y si el «fracaso» de la recuperación del presbiterio unido a las pertenencias fuertes a asociaciones clericales tuviera al final el efecto de un individualismo clerical nocivo para la vida y el ejercicio pastoral? ¿Se lo ha planteado alguien?

3. UNA DIALÉCTICA QUE SUPERAR

Es muy posible que esté equivocado, pero no termino de ver verdaderos cambios. Percibo, más bien, alternancia en el peso eclesial de las tendencias aún algo unilaterales y deficientes. Voy a reflexionar brevemente sobre esto en varios pasos.

Vuelvo a una analogía que he sugerido en líneas anteriores. Las alternancias cristológicas entre los monofisismos y los nestorianismos. Quizá estemos en esta época viviendo el equivalente, en lo que atañe a la Iglesia, de las crisis cristológicas de los primeros siglos; pero con honda repercusión en la misma cristología ya tradicionalmente recibida tras aquellos concilios. Entonces, de algún modo, todos admitían la doble condición (divina y humana) de Jesucristo; así como su unicidad como sujeto, pero lo expresaban tan mal que terminaban negando o dejando en la duda una de sus naturalezas o la unidad personal entre ambas. He comparado el Vaticano II, a nivel eclesiológico, con Calcedonia: Iglesia en sí misma, Iglesia para el mundo. La doble dimensión está clara, desarrollada, recibida; pero no es tan fácil ver y expresar que se trata de la misma Iglesia. Al definir la Iglesia (sacramento) se tiene muy presente la referencia intrínseca al Señor (*es en Cristo, Luz de las Naciones...*) como *Iglesia de la Trinidad* que es. Se insiste en la unidad entre la dimensión visible y la invisible. Y sin embargo... aún se opone la «Iglesia institucional» al «pueblo de Dios», o los ministerios a los carismas. ¿Quién nos librará de este lenguaje de muerte?

Aplicándolo al sacerdocio, la diferencia de acentos no tiene por qué ser negativa. Pero es preciso limpiarla de oposición dialéctica y de autarquía unilateral. A mi juicio, cuando se produce ese corte u oposición, hay debajo una deficiente teoría sobre el sacramento del Orden (entre otras cosas). Antes de cualquier planteamiento pastoral, antes de cualquier elección de compañía sacerdotal, antes de cualquier opción por sectores de fieles, antes, ha de haberse recibido una concepción integral, unitaria, verdaderamente católica del sacerdocio. Las

lagunas producen las deformaciones que hemos visto. Señalaría tres puntos de encuentro imprescindibles para avanzar en una figura sacerdotal íntegra y servidora de la Comunión:

a) La confesión sin coartadas del Sacerdocio *único, celeste y escatológico* del Señor como fundamento del sacramento del ministerio sacerdotal es algo decisivo, irrenunciable. Sin esto, recibido como gracia, agradecido en oración, comprendido en meditación, sobra todo lo demás. La «recuperación» de Hebreos y del término que introduce en el Nuevo Testamento, ha sido un gran regalo para nuestra época. Pero conviene no olvidar dos matices importantísimos:

–La originalidad del autor de Hebreos y su diferencia radical con el Antiguo Testamento. Sacerdocio no de asalariado, no hereditario, no arrogado por el sujeto, e inseparable de una existencia entregada. Sacerdocio del Hijo llamado históricamente y entregado por el Padre. Sacerdocio en la humillación, en la encarnación hasta el límite.

–La calidad del sacrificio *único e irrepetible* atribuido al del Señor (*semel et pro semper*) que fundamenta ese sacerdocio único e irrepetible. Ya no habrá sacerdotes en el sentido del Antiguo Testamento: extrínsecos al sacrificio. Ahora los llamados por Cristo y ungidos por el Espíritu serán servidores del sacerdocio del Señor para hacerle presente sacramental y existencialmente a los hermanos... integrados por supuesto en esa ofrenda sacrificial.

Esto significa, con relación a nuestro sacerdocio, un «compuesto» inseparable: *Ministeriosacerdotal o sacerdocioministerial*. Lo escribo junto para expresar que la ministerialidad entra en la esencia de un sacerdocio representativo que no es simplemente sacerdocio; y, al tiempo, para dejar muy claro que el sacerdocio es la naturaleza de este ministerio que no es uno más en el conjunto indefinido de «una Iglesia enteramente ministerial». ¿No terminaremos nunca de asimilar el «con vosotros cristiano»... de San Agustín? ¿Tan difícil es? Todo sacerdote debería hacerse esta pregunta: ¿encaja mi forma de vivir el sacerdocio ministerial en esa «encíclica» inspirada sobre el ministerio apostólico que es la Segunda Carta a los Corintios? ¿Tengo algo de qué gloriarme ante mis hermanos bautizados? He pensado muchas veces en Matías, el sustituto de Judas; estoy seguro de que si alguien lo hubiera elevado a la peana, habría dicho más o menos: «Estaba en el 'banquillo de los reservas' y me eligió el Señor porque le falló otro, elegido antes que yo; y frente a otro candidato, mi nombre ganó a los dados por voluntad de Dios. ¿De qué puedo gloriarme? ¿De ser sustituto y por sorteo?». Ministros del Único: ¿no somos todos en el fondo Matías?

b) La exclusividad del Sacerdocio de Jesucristo incluye *necesariamente* en nuestro ministerio la dimensión eclesiológica, tanto universal como particular. Y la dimensión eclesiológica se traduce en una vinculación co-ministerial al servicio del Pueblo de Dios. La colegialidad es la traducción de aquel «de dos en dos» que marca el envío de los Doce. Y es que nadie sucede a Jesús, nadie es

su réplica, nadie recibe su sacerdocio sin más. Lo recibe la Iglesia en esa sacramentalidad colegial que incluye también la sucesión, o sea, el ejercicio del mismo de modo que pueda ser sucedido sin dificultad. Por eso, el nombre «presbítero» en el caso de la modalidad no episcopal, es esencial, y su referencia al presbiterio es intrínseca y teologal. Si la vinculación con el Señor se quisiera recuperar sin tener presente la co-presbiterialidad, se estaría alejando de ese Señor al que se quiere unir y se estaría cayendo en una demoníaca soberbia sacerdotal. Sí, lo repito: soberbia sacerdotal demoníaca. Se estaría intentando ir mucho más allá del obrar *in persona Christi* para aspirar a ser Cristo mismo. El ministerio se recibe por cooptación sacerdotal, configura como compañero de misión de los restantes ministros, y se ejercita mirando siempre cómo potenciar la vida consagrada y la acción misionera de los colegas.

c) Cristianos como todos los hermanos, pero llamados y configurados para su servicio: ¡para su servicio y de modo servicial! Servicio y estilo servicial son inseparables. Es preciso evitar absolutamente el distanciamiento de los fieles y la búsqueda de posiciones de superioridad social. La vinculación sacramental con Cristo Cabeza y Pastor elimina cualquier flirteo con teologías parciales del Pueblo de Dios, que disuelven el ministerio en la comunidad y pretenden una Iglesia construida «desde la base» imitando la democracia política; ya es hora de superar absolutamente una interpretación del capítulo II de LG (Pueblo de Dios) con un sentido sociológico o, peor, partisano. Ya es hora. Pero nunca a costa de volver a una concepción del Pueblo de Dios como masa amorfa y sin voz, o a un modelo de laicado sin presencia en el interior de la Iglesia: sería renegar de un capítulo esencial para la comprensión de la misma Iglesia. Me atrevo incluso a señalar que una actitud pomposa, imponente, autoritaria, en nuestros días, impediría un verdadero diálogo con la mujer, cosa esencial dada la crítica de ciertos sectores al «patriarcalismo» eclesial. No tienen razón en presionar para la concesión del sacerdocio a la mujer; pero se les da una «razón» cuando el sacerdote se comporta no como siervo del Señor (sacerdote) y de los hermanos, sino como dueño y señor de la heredad; ante eso es normal que surja la protesta y la reivindicación. Aquí entra la sencillez en el modo de vida, el distanciamiento cordial de los poderes civiles y la renuncia a protecciones interesadas sobre la fe; basta la libertad religiosa reconocida en los ámbitos públicos y privados.

d) Un modo de vida, un estilo. *Pastores Dabo Vobis* es la *receptio* autorizada y magisterial de *Presbyterorum Ordinis*, documento este último primario y principal en autoridad en lo referente al sacerdocio del presbítero. Pues bien, es preciso recuperar, purificado de infantilismo o de ideología, la doctrina del número 3 del citado Decreto:

Los presbíteros, tomados de entre los hombres y constituidos en favor de los mismos en las cosas que miran a Dios para ofrecer ofrendas y sacrificios por los pecados, moran con los demás hombres como con hermanos. Así también el Señor

Jesús, Hijo de Dios, hombre enviado a los hombres por el Padre, vivió entre nosotros y quiso asemejarse en todo a sus hermanos, fuera del pecado... Los presbíteros del Nuevo Testamento, por su vocación y por su ordenación, son segregados en cierta manera en el seno del pueblo de Dios, no de forma que se separen de él, ni de hombre alguno, sino a fin de que se consagren totalmente a la obra para la que el Señor los llama. No podrían ser ministros de Cristo si no fueran testigos y dispensadores de otra vida distinta de la terrena, pero tampoco podrían servir a los hombres, si permanecieran extraños a su vida y a su condición.

Esta llamada del Concilio traduce perfectamente el estilo del sacerdocio del Señor trasladado a quienes son su «sacramento personal», «personas-sacramento». Quienes han hecho bandera de esta cercanía han de comprobar de verdad si la pretendida proximidad es realmente para acercar al Señor Jesús o más bien oculta una pretensión casi mesiánica de búsqueda de sí mismo. Por el contrario, quienes redescubren con pasión la vinculación personal en oración con Jesucristo, han de ser consecuentes y recibir su estilo, un estilo perfectamente descrito en Flp 2, 5ss. Una cercanía que hoy, de modo muy especial, ha de tener presente el sufrimiento de tantas personas agobiadas por la crisis moral, social, económica. Sin rasgos ideológicos, sin protagonismos inadecuados, el ministro del Señor ha de estar presente en ese sufrimiento, compartiendo sentimientos, renunciando a niveles de vida. Dado que señalamos anteriormente el influjo de la figura episcopal en estos cambios, me atrevería a sugerir que el éxito evangelizador de esta segunda generación conciliar va a depender, en cierta medida, de la implicación personal y colegial del episcopado en una situación que condiciona la vida de nuestros conciudadanos y que los empuja a la desesperanza o, quizá, a la violencia. Ojalá se abajen y acierten, más allá de los tópicos sobre los pobres que suelen repetirse en los documentos y de la justificación en la labor de Cáritas. La responsabilidad histórica que tienen es muy grande (¿como la del episcopado de los años treinta del siglo pasado?) y es preciso pedir para ellos el valor y la caridad necesarios. A los presbíteros nos toca andar ese camino sin vacilar y en comunión.

Termino, querido amigo, esta misiva-artículo con una llamada a la comunión plena en la verdad humilde y esperanzada. La «fisión» crea una potencia peligrosa y en ocasiones destructiva; la «fusión» multiplica la energía casi infinitamente y para bien. La Nueva Evangelización no puede construirse sobre dialécticas y banderías. Me despido con palabras de Pablo, «el prisionero por Cristo», a los efesios:

Esforzaos en mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz. Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una sola es la esperanza de la vocación a la que habéis sido convocados. Un Señor, una fe, un bautismo. Un Dios, Padre de todos, que está sobre todos, actúa por medio de todos y está en todos (Ef 4, 3-6).